

Chloé Esposito

malala **loca** peligrosa



Adictiva, sexy e imparabile, la trilogía de Chloé Esposito se lee como se conduce un Ferrari: una vez empiezas, no puedes parar.

LOCA MALA PELIGROSA 1

 Planeta

CHLOÉ ESPOSITO

LOCA

Traducción de Maia Figueroa Evans

Título original: *Mad*

© Chloé J. Esposito, 2017

© por la traducción, Maïa Figueroa Evans, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

pág. 94, 218: © *Wannabe*, 2007 Virgin Records Ltd., interpretada por Spice Girls

pág. 60, 192, 247: © *I Should Be So Lucky*, 1987 BMG Rights Management (UK) Ltd. interpretada por Kylie Minogue

pág. 77: © *Nessun Dorma*, 1993 Decca Music Group Ltd., interpretada por Luciano Pavarotti

pág. 181, 182: © *The Power of Love*, 1993 Sony Music Entertainment, interpretada por Celine Dion

pág. 182: © *Umbrella*, 2012 Big Machine Records, 2007 The Island Def Jam Music Group, interpretada por Rihanna

pág. 206: © *Master of Puppets*, 1986 Blackened Recordings, interpretada por Metallica

pág. 247: © *Shake It Off*, 2014 Big Machine Records, LLC, interpretada por Taylor Swift

pág. 363: © *Born Slippy*, 2014 Universal Music Operations Ltd. interpretada por Underworld

pág. 408: © *I Knew You Were Trouble*, 2012 Big Machine Records, interpretada por Taylor Swift

Primera edición: febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18137-8

Depósito legal: B. 768-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Lunes, 24 de agosto de 2015, 08.00 horas
Archway, Londres

De: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Para: Alvina Knightly
AlvinaKnightly69@hotmail.com
Fecha: 24 de agosto de 2015, 08.01
Asunto: VISITA

Alvie, querida:

Ya basta de pasar de mí. Sé que has recibido mis dos últimos mensajes porque tengo activada la confirmación de lectura, así que ya puedes dejar de hacer como si nada. A riesgo de repetirme, me gustaría invitarte una vez más a pasar unos días con nosotros en nuestra casa de Taormina. Te encantará: es un edificio del siglo xvi con detalles arquitectónicos originales de la época y el olor de la flor de los franchipanes en el aire. Todos los días brilla el sol. Hay una piscina como para morirse. Estamos muy cerca del teatro griego. Desde allí se ve el monte Etna al oeste y el Mediterráneo reluciente al este. Sería maravilloso verte, aunque consigas sólo una semana de vacaciones (ya sé que en ese trabajo espantoso te tienen como esclava). No me puedo creer que todavía no conozcas a Ernie. Cada día está más mayor y es clavadito a su tía Alvina.

Ahora en serio: te necesito. Ven, te lo suplico. Ya han pasado dos años.

Tengo que pedirte algo y no puede ser por email.

Un beso,

BETH

P. D. Sé lo que estás pensando y, no, no pasa nada. Aunque tú no lo hayas olvidado, Ambrogio y yo sí lo hemos dejado atrás. Así que no seas tan testaruda y ven a Sicilia.

P. P. D. ¿Cuánto pesas ahora mismo? ¿Sigues pesando 59 kilos? ¿Talla 38? Yo no logro quitarme el sobrepeso del embarazo y estoy volviéndome loca.

Joder, esta mujer es insufrible.

«El olor de la flor de los franchipanes en el aire, bla, bla, bla, el teatro griego, bla, bla, bla, el Mediterráneo resplandeciente, bla, bla...» ¡Qué asco! Parece la presentadora de ese programa de propiedades en el extranjero: «Alvina Knightly busca una segunda residencia en la despampanante costa este de Sicilia». Pero yo jamás vería algo así en la tele.

No pienso ir. Ni de coña. Tal como lo cuenta, diría que es un sitio anticuado y aburrido. Además, no me fio de los volcanes. Y tampoco soporto el calor: es demasiado pegajoso, húmedo. Mi piel británica no aguantaría ni dos segundos y me quemaría porque estoy más pálida que un esquimal. Ya la oigo regañarme: «¡No digas *esquimal*! No les gusta que los llamen así, no es políticamente correcto. Son inuit».

Echo un vistazo a mi dormitorio: botellas vacías de vodka, un póster de Channing Tatum, un corcho lleno de fotos de «amigos» a los que nunca veo. Ropa tirada por el suelo. Tazas con culos de té frío. La atmósfera de mi cuarto haría flipar hasta

a la señora de la limpieza de Tracey Emin. ¿Tres correos electrónicos en una semana? Pero ¿qué mosca le ha picado? ¿Qué querrá pedirme? Supongo que debería contestar, o seguirá tocándome los huevos.

De: Alvina Knightly
AlvinaKnightly69@hotmail.com
Para: Elizabeth Caruso
ElizabethKnightlyCaruso@gmail.com
Fecha: 24 de agosto de 2015, 08.08
Asunto: VISITA

Elizabeth, querida:

Gracias por la invitación. Tu casa parece estupenda. Qué suerte tenéis Ambrogio y tú —y el pequeño Ernie también— de vivir en un hogar tan espléndido. El lugar suena perfecto. ¿Te acuerdas de que, de pequeñas, era a mí a la que le encantaba el agua? Y ahora tú tienes piscina...

(Y yo una bañera con el desagüe atascado.)

Qué gracia tiene la vida, ¿verdad? Me encantaría verla y conocer a tu precioso querubín, mi sobrino, ya lo sabes. Pero ahora mismo estoy trabajando a destajo. Agosto es siempre nuestro peor mes y por eso he tardado tanto en responder. Disculpas.

Avísame la próxima vez que estés de visita en Londres. Será genial ponernos al día.

ALBINO

Joder, no importa cuántas veces escriba Alvina, que es mi nombre: el corrector siempre lo cambia a Albino. (A lo mejor sabe lo blanca que estoy y se cachondea de mí.) Al final acabaré cambiándome el nombre.

ALVINA

P. D. Dale recuerdos a tu marido, y a Ernesto, un besito de su tía.

Enviar.

El hermano gemelo de Elvis Presley nació muerto. Hay gente con suerte.

Salgo a rastras de la cama y, sin darme cuenta, piso la pizza que había dejado en el suelo. Cuando me quedé sobada a las cuatro de la madrugada, me había comido sólo la mitad. Salsa de tomate por toda la planta del pie y una loncha de salami entre los dedos. Despego la tajada de fiambre, me la meto en la boca y me limpio la salsa con un calcetín. Me visto con lo que encuentro tirado por el suelo: una falda de nailon que no necesita planchado, una camiseta de algodón que sí y un jersey. Me miro en el espejo y arrugo el ceño. Uf. Me froto los ojos para quitarme el rímel, me pongo una capa de pintalabios morado, me peino la melena grasienta con los dedos. Así ya está bien, que llego tarde. Una vez más.

Me voy a trabajar.

Cojo el correo al salir de casa y voy abriendo sobres mientras bajo a la calle con parsimonia y con un Marlboro entre los labios. Facturas, facturas, facturas, la tarjeta de una empresa de taxis, propaganda de un local de pizza para llevar. «ÚLTIMA NOTIFICACIÓN», «AVISO DE EMBARGO», «SE REQUIERE ACCIÓN INMEDIATA»... Más de lo mismo, qué aburrimiento. Me gustaría saber si Taylor Swift tiene que lidiar con mierdas como ésta. Veo a un hombre sin hogar que está sentado junto a la entrada del metro y le dejo las cartas en el regazo: ¡Se acabó el problema!

Me abro paso entre los que hacen cola para el torno y estrello el abono de transporte público contra el lector. Avanzamos por la estación a 0,0000001 kilómetros por hora. Intento componer un haiku mentalmente, pero no me salen las palabras. ¿Qué tal algo sobre una intensa lucha existencial? Algo poético y nihilista. Pero, no, aún tengo el cerebro dormido. Contemplo con rabia los anuncios de ropa y joyería que cubren hasta el último

milímetro de las paredes. La misma modelo orgullosa y con retoques de Photoshop me mira con la misma cara orgullosa y retocada de todas las mañanas. Está dándole de comer a un niño pequeño en un anuncio de leche de crecimiento. No tengo un bebé y tampoco me hace falta que me lo recuerden. Y, desde luego, no necesito leche de crecimiento.

Marcho escaleras mecánicas abajo y choco contra un señor que ocupa demasiado espacio.

—¡Oye, mira por dónde vas! —me grita.

—¡Ponte a la derecha, capullo!

Soy una gran artista atrapada en el cuerpo de una comercial de publicidad. Una reencarnación de Byron o de Van Gogh, de Virginia Woolf o de Sylvia Plath. Mientras espero en el andén, contemplo mi destino. La vida debe de ser mejor que esto, ¿no? Una ráfaga de aire viciado me acaricia la cara y me indica que se acerca el metro. Si salto ahora, todo desaparecerá. En cuestión de una hora, los técnicos de emergencias habrán raspado mis restos de las vías y el servicio de la línea Northern se habrá restablecido.

Un ratón corre sobre el raíl. Le falta una patita, pero disfruta de una vida de libertad y aventura. Menudo cabrón con suerte. A lo mejor uno de los vagones le aplasta el cráneo. Pero se aparta de su trayecto en el último instante. Maldita sea.

Me apoyo al fondo del vagón, y un hombre con herpes labial invade mi espacio personal. La tela de su camisa transparente de tanto sudor. Se ha agarrado a la barra amarilla que tengo sobre la cabeza y me ha puesto el sobaco a unos centímetros de la nariz. Desde aquí huelo Axe Africa mezclado con desesperación. Leo su ejemplar de *Metro* del revés: asesinatos, drogas, guerra, un artículo sobre el gato de no sé quién. Cuando me aprieta la entrepierna contra el muslo, le doy un pisotón. Se aparta. A la próxima, pienso darle un rodillazo en las pelotas. Nos detenemos

durante unos minutos en algún punto de los intestinos londinenses y después reanudamos el camino. Cambio de línea en Tottenham Court Road. Salimos del metro como si nos vomitase: un desecho amorfo. A mí me han potado en Oxford Circus.

Mayfair, Londres

En la calle, el aire es más denso que la manteca. Ruido de coches, sirenas de la policía. Me lleno los pulmones de dióxido de nitrógeno y echo a andar. Vendedores de *The Big Issue*, atracadores de la beneficencia y hordas de estudiantes con cara de estar aburridos. Five Guys, Costa, Bella Italia, Starbucks, Nando's, Greggs. Recorro los tres minutos y medio que se tarda en llegar a la oficina con el piloto automático. A lo mejor estoy sonámbula y todo. O muerta, ¿puede ser? Tal vez sí haya saltado a las vías y ahora esté en el limbo. Continúo caminando. Las calles podrían estar llenas de zombis, de alpacas o de clones desnudos de Channing, pero yo no me daría ni cuenta. Giro en Regent Street. Voy pensando en Beth. No iré ni de coña.

Se me ha cagado una paloma en el hombro: es una pasta de un gris verdoso. Fantástico. ¿Por qué yo? ¿Qué he hecho mal? Miro a mi alrededor, pero nadie se ha dado cuenta. ¿No se supone que da suerte? Quizá sea un buen augurio para hoy. Me quito el jersey y lo lanzo a una papelera. Da igual, ya tenía hasta agujeros de las polillas.

Empujo la puerta giratoria y le hago una mueca al tipo del mostrador. Los dos llevamos años trabajando aquí, pero no sabemos cómo se llama el otro. Él levanta la mirada, frunce el ceño y sigue con el crucigrama. Creo que no le caigo bien, y el sentimiento es mutuo. Mientras bajo la escalera me pesan los pies como si los tuviera de plomo; aquí estoy desaprovechada. Muy

desaprovechada. Yo no soy la que vende los anuncios desplegados en papel satinado de las portadas de las revistas a marcas tan sexis como Gucci o Lanvin o Tom Ford: eso sería una maravilla. Ahí es donde está la pasta. Y me dejarían sentarme en la planta de arriba. Pero, no, yo trabajo para la sección de clasificados. Vendo espacio para anuncios tan diminutos que, si te descuidas, ni los ves: suplementos capilares, viagra para mujeres o parafernalia rara de jardinería que no compraría ni mi abuela. Un octavo de página cuesta sesenta y una libras. No sé cómo llegué hasta aquí ni por qué me quedé.

¿Y si me escapo y me uno a un circo? Siempre he querido ser el que lanza cuchillos a la mujer que da vueltas en la tabla redonda. (¿Por qué es siempre el hombre el que tira las dagas?) Me imagino los colores del arcoíris en la carpa, los payasos, los malabaristas, los caballos, los leones. Oigo el rugido del público, los vítores y los aplausos, los gritos de pavor cuando los cuchillos surcan el aire. Noto el picor de la transpiración. El subidón de adrenalina. Veo la tabla redonda dando vueltas y más vueltas; los cuchillos se clavan a milímetros de la cara del tipo y atraviesan la madera... Venga, Alvina, sabes que eso no ocurrirá. Menuda fantasía de país multicolor te has montado. Y componiendo haikus no vas a ganar dinero. Mi hermana siempre decía que se me daría bien hacer de guardia de tráfico, pero a mí me divertiría más el matadero.

Empujo la puerta del sótano. Angela (con la ge sonora) Merkel (apellido falso) levanta la cabeza cuando entro y enarca una ceja. Las lleva muy bien depiladas. Su expresión promete que el día de hoy será una tortura: como que te hagan una endodoncia, o tener piedras en el riñón.

—Buenos días, Angela.

«Vete al infierno, Angela.»

Si fuese caníbal, me la desayunaría.

Me siento a un escritorio de conglomerado en una sala llena de cubículos que parecen bandejas para hacer cubitos de hielo. No hay ventanas. A pesar de ser regulable, mi silla nunca parece estar a la altura ni en el ángulo correctos: hace tiempo que dejé de intentar arreglarla. El lirio necesita que lo rieguen. El aire está viciado y seco.

El chicle de fresa que hay pegado debajo del monitor parece un cerebro rosa de rata. Me lo meto en la boca y mastico. No le noto sabor a fresa, pero, a decir verdad, la semana pasada tampoco.

He llegado exactamente con doce minutos de retraso. Creo que se supone que debería estar en una teleconferencia con Kim (Jong-il, apellido falso), pero no tengo ganas de conectarme. Ese tipo tiene el mismo encanto que una uña encarnada. Me planteo coger el teléfono y ponerme a acosar a la gente. Mi trabajo supone llamar a desconocidos a puerta fría una y otra vez, hasta que o bien ellos consiguen alguna clase de orden de alejamiento, o se deciden a comprar espacio para un anuncio. Pagan para que me calle y los deje en paz. Al final, lo que hago es encender el ordenador. Mala idea. Tengo la bandeja de entrada inundada de mensajes urgentes: «¿Dónde estás?», «Pasa por recursos humanos», «Violación de la política de gastos». Dios mío, otra vez no. Activo la respuesta automática y así no tendré que enfrentarme a estas mierdas.

Twitter sigue abierto desde el viernes porque no salí de la cuenta. Miro a Angela, que está en un rincón haciéndole la tortura del submarino a un compañero. A tomar por culo: echo un vistazo para ver las tendencias del día, pero todo me parece muy aburrido. Taylor Swift no ha contestado a ninguno de los tuits que le he enviado para halagarla por sus últimos conjuntos de ropa. Ni un solo «Me gusta». A lo mejor está muy ocupada. Seguro que está de gira.

«Estoy tan aburrida que voy a ver porno en la oficina *#ilove-myjob*», tuiteo.

Lo he dicho en broma, pero ahora me pica la curiosidad. Abro el buscador de Google en el móvil, tecleo «YouPorn» y me pongo a pasar fotos de genitales. «Tríos», «Fetiches», «Juguetes eróticos», «Tetas grandes». Ay, mira: «Para mujeres». Entonces me suena el teléfono fijo, y la pantalla dice: «Beth móvil». Joder, qué insistente. ¿Por qué me llama a la oficina? Estoy ocupada y soy importante. Echo un vistazo, pero ninguno de mis compañeros se ha dado cuenta. Intento pasar la llamada al contestador, pero me resbala el dedo y respondo sin querer.

—¿Alvie? ¿Alvie, eres tú?

Oigo su voz llamándome. Tenue y lejana. Aprieto los párpados e intento no hacer caso de la voz. Quiero colgar.

—Alvie, ¿me oyes?

Cojo el auricular y me lo pego a la oreja.

—¡Hola, Beth! ¡Qué alegría saber de ti!

En serio, acaba de alegrarme el día de mierda.

—Por fin lo consigo.

Aprieto los dientes.

—Escucha, Beth, ahora no puedo hablar. Tengo que salir corriendo a una reunión. Lo siento, pero es que me espera el jefe. ¡Creo que van a ascenderme! Te llamo luego, ¿vale?

—No, ¡un momento!

Cuelgo y vuelvo al porno: pollas, tetas y culos. Una persona con tetas y polla. Qué guay.

—Buenos días, Alvina. ¿Cómo estás hoy?

Alzo la mirada y veo a Ed (*el Huevo*, porque tiene la cara como un testículo) oteando desde su cubículo. Ay, Dios, ¿qué querrá ahora? Además de un trasplante de personalidad, quiero decir.

—Hola, Ed. Estoy bien. ¿Qué se te ofrece?

—Nada, sólo quería saber qué tal le iba a mi compañera favorita en esta hermosa mañana de lunes.

—Vete a tomar por culo, Ed.

—Vale. Sí, claro. Era por...

—¿Por qué?

—Me preguntaba cuándo crees que podrás...

—¿Devolverte las cincuenta libras que te debo?

—¡Sí!

—Bueno, pues hoy no, eso es obvio.

—No, claro que no.

—Así que déjame en paz ya, coño.

—Vale. De acuerdo. Adiós.

Esconde la cabeza detrás de la mampara. Por fin. Dios mío, esta semana tendré que evitar encontrármelo en la fuente de agua. Casi preferiría no haberle pedido el dinero, porque sólo lo necesitaba para decorarme el chirri con un dibujo de purpurina. A toro pasado, la verdad es que no me corría tanta prisa, pero tenía una cita caliente con un tío que estaba más bueno que el pan. Lo había conocido en una tienda de todo a una libra del barrio de Holloway y pensé que un poco de purpurina le añadiría chispa a nuestra primera noche de pasión. Sin embargo, las diminutas lentejuelas acabaron por todas partes, por toda la cama, por toda su cara y en su pelo. Hubo una que se le metió en el ojo y tuvo que ir al médico. Estuve encontrando pedazos milimétricos de plástico brillante durante semanas: en los zapatos, en la cartera, en un paquete de bocaditos de pollo que había al fondo del congelador (ni idea, no me preguntes). Lo peor es que él no valoró el esfuerzo que yo había hecho al escribirme su nombre con diamantes rosas en la entrepierna: AARON. Al parecer, se escribía ARRAN. Pero ¿qué importa si había faltas? La intención es lo que cuenta. Al final de la noche sólo decía *Run*. Corre. Sal corriendo sin mirar atrás.

Vuelvo al porno. Bajo el volumen para que no se oigan los gemidos, pero aun así el sonido es bastante alto. Gemidos y gruñidos y palabrotas. «Me gusta ese culo.» «¡Zorra!», grita uno. Justo cuando un enmascarado está haciéndole *fisting* a una MILF, veo una silueta con el rabillo del ojo. Angela se alza sobre mi cubículo. Mierda.

—¿Estás escribiendo tuits sobre porno desde la cuenta de la empresa?

—¿Era la de la empresa? ¡Ups! La he liado.

—Estás despedida —dice Angela.

—¡Que te follen bien follada, so puta! —responde YouPorn.

Cojo el bolso, el lirio, una grapadora y un par de revistas de famosos que tenía debajo de la mesa. Y regreso a casa.